



DONDE SE CRUZAN LOS HILOS

De la *familia* a la
familiaridad claretiana

1. Entrar a la casa familiar
2. Desde el taller de cartones
3. En la Real fábrica de tapices
4. Para la gran lonja del mundo
5. Con aires de ayer y de hoy

ADRIÁN DE PRADO POSTIGO, CMF

1. ENTRAR A LA CASA FAMILIAR



Uno no conoce del todo a una familia hasta que no vive un tiempo en su casa. Allí, en el interior del hogar, no solo encontramos la realidad que se percibe a simple vista y que todo el mundo puede reconocer (nuestra *familia*, nuestro núcleo básico de pertenencia) sino también los hilos invisibles que nos van uniendo o desuniendo a medida que pasa el tiempo (nuestra *familiaridad*, nuestros vínculos y procesos relacionales, transformativos e implicativos). Porque una cosa es aquello que somos y otra cómo lo vamos siendo; una cosa, la realidad que se nos ofrece: otra, la vida que realmente llegamos a tejer.

Estamos aquí reunidos personas diversas convocadas a un encuentro de Familia Claretiana. Se entiende que, si estamos aquí, de algún modo todos nos sabemos formando parte de esta realidad, que no proviene de la sangre ni de la carne, como dice el prólogo del evangelio de Juan, sino de la fe y del carisma compartidos. Pero es ya más difícil saber en qué medida el ser *familia* nos está permitiendo a cada uno vivir lazos de *familiaridad*. Quizá seguimos contemplando la familia desde fuera o desde lejos, aun siendo parte de ella. Quizá no hemos llegado a conocer suficientemente esta casa que se nos ofrece como para querer habitarla. Quizá haya todavía entre nosotros demasiados cabos sueltos que no terminan de trenzarse... O quizá, sencillamente, somos *familia* pero no sabemos cómo proceder para vivir cada vez con más intensidad nuestra *familiaridad*. Por si esto nos sucediese, yo quisiera en este tiempo compartido hacer un pequeño recorrido en que poder reconocer la familia carismática a la que pertenecemos, agradecer la familiaridad que ya gozamos y animarnos mutuamente a crecer en ella para la vida del mundo.

Entremos, pues, en la casa de nuestra familia y parémonos a contemplar el lugar donde se cruzan los hilos de nuestra familiaridad. Esta última frase, *donde se cruzan los hilos*, no es una imagen poética vacía de contenido real: al contrario, tiene para nosotros mucha trastienda. Nos recuerda, en primer lugar, que la casa de la Familia Claretiana tiene las hechuras de un telar, porque algo así se ha ido construyendo sobre los cimientos que nos dejó san Antonio María Claret. Y nos invita, por otro parte, a fijar la mirada en el detalle definitivo de toda obra textil: para tejer un tapiz, una sarga o una alfombra hay que poner en juego muchos factores, pero lo que realmente configura una pieza de tela son esos lugares donde dos o más hilos se cruzan para dar a luz algo nuevo que va más allá de ellos. Por eso cuando un experto quiere comprobar la calidad y la factura de una prenda, examina siempre su reverso buscando el cruce de los hilos, el lugar en que residen sus verdaderas consistencia y hermosura.

2. DESDE EL TALLER DE CARTONES



Comenzamos esta visita al telar de la Familia Claretiana, nuestra casa, *desde el taller de cartones*. Según las acepciones que recoge el diccionario, un taller no es solo el «lugar en que se trabaja una obra de manos», sino también la «escuela o seminario de ciencias o de artes» y el «conjunto de colaboradores de un maestro». En un taller se articulan, por tanto, el *espacio*, el *aprendizaje* y la *colaboración*. Mirando un poco más profundamente, el taller somos primariamente las personas: nosotros, desde san Antonio María Claret en adelante, somos el primer lugar en que se cruzan los hilos de la familiaridad claretiana.

Puede parecer una obviedad, pero no podemos pasarlo por alto. «Familia Claretiana», «espiritualidad claretiana», «misión claretiana» y otros sintagmas análogos corren siempre el riesgo de denotar abstracciones

inútiles si no los referimos a las personas concretas en que se encarnan. Antes de seguir, hagámonos seriamente esta pregunta: cuando oigo *espiritualidad claretiana*, ¿en qué persona pienso? Cuando oigo *misión claretiana*, ¿quién aparece en mi horizonte? Cuando oigo *Familia Claretiana*, ¿qué nombre se me viene corazón? Y no menos importante: ¿soy capaz de identificarme en dichas expresiones? La familiaridad pasa necesariamente por encontrar un rostro a quien mirar y por quien ser mirado cuando se abre la puerta del propio hogar. No sea que terminemos viviendo rodeados de conceptos bellos que nos permiten soñar tranquilos pero que, a la postre, carecen de carne y nos dejan solos para siempre. Quizá de este encuentro solo nos llevemos el deseo de estrechar lazos con alguien determinado de nuestra Familia Claretiana. Igual ese alguien eres tú mismo. O alguno de los que estás viendo en la pantalla. Si así fuera, aunque nos parezca algo sencillo e intrascendente, habríamos conseguido mucho: todo lo que invirtamos en relaciones concretas será una ganancia en familiaridad.

En el grupo humano que compone nuestro taller, no hay duda, el cabeza de familia es san Antonio María Claret y Clará. Le llamo por su nombre completo porque no quiero que se nos desdibuje su persona ni su santidad en el apelativo cariñoso Claret, que tanto usamos. «Claret» no puede ser un para nosotros un lugar común o un nombre que damos por supuesto y a quien recurrimos para poner la guinda a nuestras reuniones familiares. Claret es san Antonio María Claret y Clará, el hombre en que se cruzaron los hilos de Dios y del mundo para que nosotros entráramos a formar parte de este telar. No tanto porque directa o indirectamente le reconozcamos como fundador carismático de cada una de nuestras casas. Ni siquiera porque él hubiera querido poner en pie una realidad eclesial como la Familia Claretiana, tal y como hoy la vivimos (a mi parecer, esto es mucho decir). San Antonio María Claret constituye nuestro espacio de encuentro por excelencia porque es el Tú común con quien entramos en relación desde la fe.

La clave está en ver en él al hombre de Dios, y verlo como capataz de un taller a quien los colaboradores nos asomamos para aprender de él a trenzar los hilos de la familiaridad. Tenemos que leer, conocer, contemplar a san Antonio María Claret y Clará, el maestro del taller. Hay que poder descubrirle —en la Autobiografía y más allá de ella— como un hombre de *relaciones familiares*. Sin proyectar sobre él una imagen ideal o contemporánea, sino dejando que él proyecte su humanidad sobre nosotros, tal como era. Porque en su humanidad concreta hay rasgos sobresalientes de familiaridad que pueden alentar y configurar la nuestra. Familiaridad con

Dios, con María, con los santos, con los menesterosos, con los familiares, con la Iglesia, con los compañeros, con los hermanos. Aunque creamos saber quién es el Claret de la *Familia* Claretiana, está por descubrir el san Antonio María Claret y Clará de la *familiaridad* claretiana.

«Como mi padre era fabricante de hilados y tejido, me puso en la fábrica a trabajar. Yo obedecí sin decir una palabra, ni poner mala cara, ni manifestar disgusto. Me puse a trabajar y trabajaba cuanto podía, sin tener jamás un día de pereza, ni mala gana; y lo hacía todo tan bien como sabía para no disgustar en nada a mis queridos padres, a quienes amaba mucho y ellos también a mí» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía* 31].

«Al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la iglesia, entonces volvía yo y solito me las entendía con el Señor. ¡Con qué fe, con qué confianza y con qué amor hablaba con el Señor, con mi buen Padre! Me ofrecía mil veces a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio, y me acuerdo que le decía: Humanamente no veo esperanza ninguna, pero Vos sois tan poderoso, que si queréis lo arreglaréis todo. Y me acuerdo que con toda confianza me dejé en sus divinas manos, esperando que él dispondría lo que se había de hacer, como en efecto así fue» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía* 40].

«Los que viven en compañía se ayudan mutuamente con los consejos, coloquios, ejemplos, oraciones y protección (...). Son los compañeros con quienes vivimos como ojos con que vemos lo que hemos de hacer; son como manos con que hacemos lo que debemos, y son como almas que nos animan al cumplimiento de nuestros deberes» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Clérigos seculares en comunidad* 5]

Según nuestra fe, ¿cuándo entramos en una relación de conocimiento y afecto más honda unos con otros (también con nosotros mismos, con Claret, con Dios)? La familiaridad se teje, sobre todo, en la oración, que es a la vez esperanza y aprendizaje. En la oración, como en el taller de tapices, se despliegan estos dos movimientos fundamentales: esperar y aprender. Primero hay que esbozar lo que se aguarda, proyectar lo que se desea vivir. Oramos para conocer lo que se nos promete y para dejar que crezca en nosotros el deseo de lo que estamos llamados a experimentar. Oramos como quien pinta un *cartón* para tapices: el cartón no es todavía el tapiz pero ya tiene su tamaño, su forma, sus colores. Incluso en un modo más vivo y más bello de lo que después saldrá del telar. Y es importante y bueno que así sea. Debemos poder recibir y desear delante de Dios la familiaridad claretiana que nos gustaría y estamos dispuestos a vivir. Lo hacemos, sobre todo, orando. No me estoy refiriendo —o no únicamente— a los momentos de oración común en que nos convocamos como familia. Ya en la soledad de la oración personal estamos llamados a dibujar cartones para este tapiz: rezo yo, pero rezo con y por otros; pido yo, pero lo hago como miembro de una familia que me precede y me trasciende; contemplo yo, pero tengo

delante al Cristo de todos, abierto como un libro; habla, en fin, por mí, «el Espíritu de nuestro Padre y nuestra Madre», Señor y dador de vida para nuestra familia, que nos conduce a Jesucristo y, por él, al Padre. Como decía san Antonio María Claret y Clará, el hombre:

«Oye nuestro consejo; llévate por él; mira que te hablamos de parte de Dios que te dice: (...) Mira, y haz según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte Calvario. Este es el Hijo eterno del Padre en quien tiene todas sus complacencias: óyelo con cuidado, imítalo con perfección, estudia sus virtudes, míralo como un libro escrito por dentro y por fuera, y abierto en el atril de la santa cruz» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *El colegial instruido* 1,2-3].

En un segundo momento, con la oración comienza también el aprendizaje. Como casi todas las cosas importantes de la vida, la familia nos viene dada pero la familiaridad se aprende con el tiempo. Se aprende enhebrando unos encuentros con otros y dejando que nuestras relaciones calen en el corazón. Es un proceso muy similar al que se lleva a cabo en el taller con los hilos antes de comenzar la obra: para que las bobinas no se enreden hay que devanar los hilos en ellas poco a poco, como rumiándolos, dando lugar a un proceso muy similar al de María con la Palabra. *Devanar* es precisamente eso: «ir dando vueltas sucesivas a un hilo, alambre, cuerda, etc., alrededor de un eje, carrete, etc». En el taller de cartones se aprende a colocar la materia prima dando vueltas con atención y cuidado a sus elementos fundamentales y, así, se va disponiendo todo ordenadamente para el trabajo común. La familiaridad claretiana sería un anhelo imposible sin dicho aprendizaje que nos tendrá toda la vida devanando los hilos maestros de nuestra espiritualidad compartida por medio del estudio y la oración. San Antonio María Claret decía que ambos, el estudio y la oración, son los dos pies del misionero, quizá porque sin ellos es imposible dotar de orden, hondura y estabilidad a nuestra relación con Dios y con los hermanos. La famosa anécdota de juventud que el santo refiere cuando recuerda sus años de aprendiz en Barcelona apunta justamente en esta dirección:

«De cuantas cosas he estudiado y en cuantas me he aplicado durante la vida, ninguna he entendido tanto como la fabricación. (...) Cuando después de mucho discurrir acertaba a la descomposición y composición de la muestra, sentía un gozo, experimentaba una satisfacción, que andaba por casa como loco de contento. (...) En cierto día, yo dije al mayordomo de la fábrica si aquella muestra que los dos teníamos en las manos se haría de esta y de esta manera (...) Y a los pocos días le presenté el dibujo del aparato necesario para producir aquella muestra (...). El mayordomo quedó confundido y admirado al [ver] mis dibujos y al oír mis razones y explicaciones» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía* 58-60].

3. EN LA REAL FÁBRICA DE TAPICES



Aunque nuestra familiaridad hunde sus raíces en el taller de cartones, los miembros de la Familia Claretiana pasamos la mayor parte del tiempo *en la Real fábrica de tapices*. Es *real* en el doble sentido del término: por lo que tiene de *presente* (la nuestra es una realidad que existe objetivamente) y por lo que tiene de *regio* (la nuestra es una familiaridad santa que viene de lo alto). Y llamamos a esta segunda estancia *fábrica* porque en ella se dan procesos de *fabricación* de productos y de *transformación* de energía. La real fábrica de tapices es, en una palabra, el lugar donde se cruzan los hilos del trabajo rutinario y paciente, en el cual termina por producirse una pieza textil que antes no existía: en dicha pieza quedan incorporados y transformados los hilos, pero no solo, también se ven transformados aquellos que la han hecho surgir de sus manos.

Aunque a veces quisiéramos ver cumplida la voluntad de Dios sobre nosotros de forma inmediata, nada crece sin su tiempo. El tiempo es el padre de la artesanía y el mejor capataz de una fábrica. Lo saben bien los maestros tapiceros: los que todavía trabajan manualmente en este oficio dicen que se tarda una semana en tejer un metro cuadrado de alfombra de materiales comunes y entre ocho y catorce meses para cada metro cuadrado de un tapiz de oro, plata y seda. Solo con el mucho tiempo de muchas personas trabajando a la vez, con constancia y compromiso, se van juntando y fortaleciendo los hilos para después hacerlos pasar por su lugar exacto hasta formar una red de nudos compacta y bella. El propio san Antonio María Claret hablaba en estos términos para alentar la vida común de los clérigos:

«Los que componen las cuerdas las trabajan de tres a tres: primeramente unen tres hilos en uno, luego tres de estos en otro, etc., etc., así resulta una cuerda muy hermosa y muy fuerte. Un hilo solo es muy fácil de romper, pero con sus compañeros es muy difícil» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Clérigos seculares en comunidad* 12].

Gracias a Dios, nuestra real fábrica de tapices abrió sus puertas hace décadas. Si san Antonio María Claret es el alma del taller familiar, la propia historia de la Familia Claretiana es el corazón de nuestra fábrica. En el caso de que no lo hagamos suficientemente, tenemos que hablar y escucharnos hablar de la Familia Claretiana, y valorar así lo que venimos trabajando en conjunto tanto a nivel institucional como a nivel personal. Si esto no se da, cada nueva generación puede verse tentada a comenzar de cero como si las generaciones anteriores hubieran hecho poco o casi nada. Especialmente cuando se trata de realidades, como nuestra familia, en las que siempre nos parece que las cosas podrían ser mucho mejores. Puede percibirse en esto un punto de soberbia —o al menos de ignorancia— que, si bien no destruye la familia, sí frena y mucho la familiaridad que andamos buscando. Porque la familiaridad presente y futura pasa por reconocer que hace tiempo que la urdimbre ya está puesta en el telar y por acoger la trama de cruces y nudos que ya otros han dejado en el tapiz. ¿Cuánto sabemos nosotros del camino recorrido por la Familia Claretiana hasta ahora? Cuando miramos hacia atrás, ¿somos capaces de agradecer y recibir la sabiduría acumulada en quienes han tejido antes que nosotros en este el telar familiar, hasta el punto de poder decir de ellos, como Claret de la Iglesia, que son compañeros, dispensadores de gracia, directores, madres, nodrizas, amantes?

«La Compañera fiel de Jesucristo, la dispensadora de las gracias, la directora de la familia, la madre siempre fecunda por la predicación y los Sacramentos, y la nodriza siempre caritativa y amante de sus hijos, que los alimenta con los pechos siempre llenos de doctrina y de obras buenas» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia y preservarla*, «La Iglesia» 3].

La *urdimbre* de nuestro tapiz, que es un don y legado, está conformada por una serie de hilos que se mantienen fijos verticalmente en el telar y sirven de guía para que otros hilos pasen, se entrecrucen, se sumen, se anuden. Quienes han venido trabajando más intensamente en la fábrica de la Familia Claretiana los han logrado individuar en *siete rasgos de espiritualidad* que nos acomunan y que sirven de punto de referencia para nuestros empeños. No los comentaré por extenso, pero conviene conocerlos y tenerlos siempre delante, en tensión, para que la trama de nuestra familiaridad vaya ascendiendo con las mejores guías: 1) experiencia filial; 2) oración, eucaristía y Palabra; 3) misión apostólica; 4) unción para evangelizar a los pobres; 5) atención a los signos de los tiempos para una evangelización creativa; 6) misión compartida y universalidad, 7) en el Corazón Inmaculado de María.

La atención a la urdimbre y el avance de la trama son las coordenadas básicas de quienes habitan la real fábrica. Pero más allá o más acá de ellas, todo tapiz tiene su *armadura*, es decir, una «ley según la cual los hilos se cruzan y se enlazan con las pasadas para formar el tejido». Es la ley que hace posible que los hilos se crucen de un determinado modo y en determinados lugares y que, por tanto, sostiene los lazos de nuestra familiaridad. ¿Cuál es o debe ser en la Familia Claretiana dicha ley, la armadura del tapiz que vamos tejiendo? Me atrevería a recordar aquí que, al igual que en el resto de familias, nuestra armadura debe ser la del *amor concreto* –«querer bien», decía Claret–, el cual requiere la búsqueda continua de la verdadera caridad, por una parte, y el empeño de la propia vida y vocación, por otra. En dos palabras, el amor concreto es *conversión* y *entrega*. Entre nosotros, la familiaridad se expande cada vez que ponemos en juego la propia vocación unos para con otros y cada vez que damos un paso de caridad a la manera de Dios. Cuando sabemos ver en los otros el servicio y la desapropiación que nacen del Evangelio y damos gracias por ello y nos unimos a su movimiento de corazón. También cuando estamos dispuestos a asumir el propio pecado, el egoísmo, las envidias e incomprensiones, y lo resituamos todo a la luz del amor de Dios con espíritu de conversión:

«Amar es querer bien. A nuestro prójimo le hemos de querer bien, hemos de sentir sus penas y nos hemos de alegrar de sus prosperidades, jamás envidiarlas; hemos de procurar remediar sus necesidades del mejor modo posible» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *El templo y palacio de Dios nuestro Señor VII*].

De cuanto vengo diciendo hasta aquí cabe concluir que el trabajo es el segundo gran impulsor de la familiaridad claretiana, el segundo gran lugar donde se cruzan los hilos. No hablo de ahora exactamente de *misión*, o *misión compartida*, que son realidades más amplias, sino de *trabajo* puro y duro. Lo que cuesta poner en pie una real fábrica de tapices y lo que estamos viviendo realmente como familia en este momento se comprueba ahí, en el lugar del trabajo, en lo pequeño de las obras que llevamos a cabo unos y otros, unos con otros. Y más aún, en el estilo peculiar que imprimimos al trabajo común que sacamos adelante. Trabajo –sobra recordarlo– que se despliega en múltiples facetas y direcciones, porque, como en toda fábrica textil, las labores de manufactura son numerosísimas: trabaja familiar y claretianamente quien restaura la parte del tapiz que se ha dañado, quien limpia la alfombra que tanto se ha pisado, quien engrasa el batán, quien ajusta el lizo, quien se sienta a tejer, quien repasa la trama. Hay mil modos de entregar el sudor de la propia frente por crecer en la familiaridad que la Iglesia y el mundo esperan de nosotros:

«Sabemos que Jesucristo nos ha llamado a su santa casa para trabajar como Él: *Así como el Padre me ha enviado, así os envío yo*. Sí, todos debemos trabajar según los talentos y gracias que hemos recibido del Señor, y quien no pueda por los achaques o vejez, que lo supla con la oración. Es tan importante el trabajo de cada uno según su talento que sin él todo se pierde» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Avisos a un sacerdote*, «Apéndice»].

4. PARA LA GRAN LONJA DEL MUNDO



Sin abandonar la casa-telar, con muchas horas de oración y trabajo a las espaldas, la Familia Claretiana prepara y dispone sus tejidos *para la gran lonja del mundo*. «Lonja» es una palabra cuyo significado actual se ha restringido prácticamente al lugar portuario de compraventa de pescado. Pero, en realidad, designa genéricamente toda plaza pública de intercambio y, particularmente, el atrio algo elevado al que se asoman las puertas de los templos. Es el espacio abierto en que los hilos ya trenzados encuentran su lugar definitivo más allá del taller y de la fábrica, un destino con vocación universal.

Al decir que la gran lonja del mundo es el último lugar en que se cruzan los hilos de nuestra familiaridad nos hacemos conscientes de que la Familia Claretiana no tiene su sentido postrero en sí misma, sino que está llamada a desvivirse en la historia de cada día para que otros tengan vida. Podemos preguntarnos cómo es esto posible cuando las oportunidades de presentarnos juntos en sociedad son más bien escasas. Por lo general, no vivimos juntos y no tenemos numerosísimos proyectos apostólicos compartidos. Desde luego, en este aspecto se puede seguir dando pasos. Sin embargo, creo que lo más importante no radica en dichos proyectos sino en la perspectiva desde la que cada uno de nosotros nos situamos entre la gente, nuestra forma de presencia. De hecho, la familiaridad claretiana debería configurar nuestra manera de estar en el mundo aun cuando no

estemos juntos de modo palpable. Uno puede presentarse ante los demás como hombre, como hijo, como hermano, como creyente, como misionero, como sacerdote (cada uno puede quitar o añadir a esta lista otros modos de presencia)... ¿Alguna vez nos presentamos como miembros de la Familia Claretiana en sentido amplio? Lo hacemos, sin duda, cuando oramos o nos afanamos en familia explícitamente, pero la familiaridad que ahí se alumbra y se trabaja está llamada a permear nuestras relaciones más allá de nosotros mismos. Sería una pena que la riqueza que vamos compartiendo hacia dentro no tuviera una transparencia hacia fuera. Sería tanto como desear y tejer un tapiz que al final termina encerrado en los almacenes de la fábrica o deshilachado e ignorado en una pared cualquiera. Para que esto no nos ocurra, necesitamos rematar el tapiz y sacarlo a la calle, a la lonja, al presente. El tapiz de nuestra familiaridad, como todos, necesita su *orillo*, ese final del paño en que se cierra la trama con un hilo más fuerte de otro color, de suerte que todos pueden verlo cuando se expone a la luz del sol. Las cosas de Dios brillan así, como una gracia singular pero visible –con su propio color– en sitios comunes, en personas inadvertidas:

«Yo alguna vez pensaba cómo podía ser aquello, que reinara tanta paz, tanta alegría, tan buena armonía en tantos sujetos y por tanto tiempo, y no me podía dar otra razón que decir: *Digitus Dei est hic*. Esta es una gracia singular que Dios nos dispensa por su infinita bondad y misericordia. Conocía que el Señor bendecía los medios que de nuestra parte poníamos para obtener esta especialísima gracia» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía* 609].

La lonja es el lugar del trasiego cotidiano y de la misión. El espacio donde se entra y se sale, se compra y se vende, se busca y se encuentra, se charla de la vida y se tiende la mano. En esta plaza pública hay también un lugar para nosotros como familia, siempre y cuando sepamos palpar el latido de la gente y de Dios en cada momento. Si el taller nos conectaba con san Antonio María Claret y sus hijos, y la fábrica con la historia de la Familia Claretiana, la lonja nos emplaza a salir de nuestro pequeño círculo para encontrarnos con el resto de la comunidad eclesial y con el mundo, para sentir con la Iglesia, como decía san Ignacio, y con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Formar parte de la Familia Claretiana no supone integrarse en una superestructura eclesial autosuficiente que engloba a ocho instituciones con un carisma común; significa, más bien, vehicular en la vocación personal una vivencia familiar del carisma recibido. Y transmitir dicha familiaridad, que es también parte del carisma, a cuantos nos cruzamos en el camino. Las estructuras institucionales nos son necesarias pero la fecundidad proviene siempre del corazón de los creyentes: es la

propia vocación de cada uno vivida familiarmente la que puede ofrecer algo a nuestra Iglesia, a nuestra sociedad.

Como insinuaba un poco antes, puede que resulte más difícil reconocerse *familia* en este ámbito porque los espacios de misión compartida a nivel institucional entre nosotros no son tantos. Pero insisto: hay que poner en valor la presencia en el mundo de cada persona de la Familia Claretiana y los lazos que nos unen como nuestro principal cauce de misión. En este sentido, nuestra *familia* carismática constituye una pequeñísima porción del pueblo de Dios que peregrina en el mundo y no tenemos por qué diseñar una misión específica, a nuestra medida, para poder ser fecundos en medio de la gente: basta con colaborar *familiarmente* con la gran misión de Dios a través de las diferentes vías —eclesiales o no— en que podemos hacernos presentes cotidianamente. Lo cual no es óbice para que, en un momento dado, puedan surgir iniciativas misioneras concretas con el sello de la Familia Claretiana: bienvenidas sean, pero no las busquemos con angustia ni las forcemos demasiado. Más bien al contrario: agradezcamos y secundémoslas cuando vengan y, en todo lo demás, procuremos crecer en familiaridad también en la misión particular de cada cual, sabiendo que lo que nos debemos unos a otros —y todos al mundo— es ese amor familiar que busca servir en el prójimo y en toda circunstancia al mismo Jesucristo:

«Para conservar y aumentar este amor o caridad habéis de mirar en cada uno de nuestros prójimos al mismo Jesucristo (...). Hagamos, pues, las cosas como quien sirve a Jesucristo y no a los hombres, y de esta manera las haremos también con buen modo y con buena gracia. Y cuando el prójimo nos haga a nosotros algún servicio, también hemos de mirar en él a Jesucristo, como san Pedro cuando vio a Jesucristo a sus pies para lavárselos, que espantado dijo: *Señor, ¿vos a mí me laváis los pies?*». [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Carta ascética*, 4].

Es este amor de proximidad lo que da prestancia a nuestro tapiz y lo vuelve capaz de embellecer y calentar una gran estancia. Ahí radica nuestra fecundidad: en el amor familiar que es capaz de sufrir, de *padeecer* —en la doble acepción del término— con el resto de la Iglesia y con el mundo. No sé si somos muy conscientes de ello, pero *sufrir* es uno de los verbos que Claret más conjuga. Y para nosotros habría de ser también una categoría central. Dice el santo, por ejemplo, al explicar la vida del cristiano:

«Los verdaderos cristianos, mientras están en este mundo, son como madres que van de parto; danles mucho que sufrir las penas y trabajos inseparables de este valle de lágrimas y les causan alguna tristeza, pero al fin de la vida se alegrarán de ver que han dado a luz tan grandes y buenas obras para la patria celestial» [S. ANTONIO MARÍA CLARET, *Imitación de Cristo paciente*, «Advertencia»].

El que padece con la Iglesia y con el mundo, con el otro, no solo exorciza su propio egoísmo, sino que está en condiciones de comprender y de auxiliar al hermano. Cuánto más si a dicho padecimiento le añadimos el valor de la familiaridad, de modo que al tender la mano no solo nos ofrezcamos nosotros individualmente, sino que ofrezcamos la alegría de una familia que camina eclesialmente. En la gran lonja del mundo, vamos compartiendo las diversas piezas de tela ideadas en el taller y ejecutadas en la fábrica de la Familia Claretiana: un tapiz aquí, una alfombra allá, un mantel acullá... A veces lo hacemos juntos como familia; otras, lo hace cada una de las ramas; casi siempre, una comunidad o una persona individual que escucha a quien está necesitado de calor o de belleza y le proporciona la pieza justa en el momento exacto. En esa pieza, que lleva en sí tanta oración, tanto trabajo, tanto sufrimiento, estamos todos cruzando los hilos de nuestra familiaridad en el lugar definitivo.

5. CON AIRES DE AYER Y DE HOY



Este recorrido por nuestra casa familiar, tal y como os lo he querido proponer, tiene algo que ver con mi experiencia y mi percepción personal de la familia y la familiaridad claretianas, pero no solo ni principalmente. En realidad, antes de invitaros a entrar de esta forma en el telar, he tratado de tomar el pulso a nuestro pasado —leyendo y rezando con san Antonio María Claret— y a nuestro presente —sintonizando con la Iglesia y con los gozos y angustias de nuestro tiempo—. El resultado, aunque pobre, trata de poner el foco donde ellos invitan a hacerlo para poder abrir puertas al futuro.

Quizá la huella de san Antonio María Claret en esta visita a nuestra casa se perciba más fácilmente. No solo en los textos que la han ido jalonando, sino también en la estructura misma del telar. Es bien conocido que en el papelito que escribió para que todos los misioneros llevaran siempre

consigo, el santo afirma que un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que «no piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en orar, trabajar y sufrir». Pues bien, los hilos de nuestra familiaridad claretiana se cruzan en un gran telar conformado por el taller, donde *oramos*; la fábrica, donde *trabajamos* y la lonja, donde *sufrimos*. Aquí se afirma nuestra espiritualidad.

Por otra parte, puede que la inspiración surgida a partir de la comunidad eclesial y humana de nuestro tiempo haya quedado más oculta y mereciera una atención más reposada en un momento ulterior. Me limito a señalar aquí que esta manera de acercarnos a nuestra familia carismática y la mayor familiaridad a que estamos invitados entroncan con las tres grandes pulsiones que, a mi juicio, representan el corazón del magisterio del papa Francisco, sus grandes llamadas para toda la Iglesia y la humanidad en este tiempo histórico: una llamada a cuidar la *relación* («los llamó para que estuvieran con él» [Mt 3,14a]: cf. *Gaudete et exultate, Amoris lætitia*), a buscar la *conversión* («miserando atque eligendo»: cf. *Laudato si', Fratelli tutti*) y a afrontar la *misión* («y para enviarlos a predicar» [Mt 3,14b]: cf. *Evangelii gaudium, Christus vivit*). Aquí se asienta nuestro discernimiento.

Si conjugamos estos tres verbos —orar, trabajar y sufrir— con estos tres procesos —la relación, la conversión y la misión— hallaremos la trastienda de fe que sostiene la pequeña gran obra de nuestras manos tejedoras y nos permite seguir en la tarea hacia un futuro prometedor. Pero de todo esto me diréis —como a Pablo en el areópago—, «te oiremos hablar otro día», porque está por terminar esta jornada de labor y todavía hay mucha tela que cortar.

